Junta de Andalucía
Consejería de Cultura,
Patrimonio Histórico y Deporte
Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico

REVISTA PH
ISSN 2340-7565

Sección Debate (***revista PH*** 120, febrero 2027)

Debate 36: IA y patrimonio cultural. ¿Qué deberíamos tener en cuenta para el uso social, ético y sostenible de la IA en el ámbito del patrimonio?

Textos provisionales

La respuesta antes que la pregunta: inteligencia artificial y patrimonio cultural

David Parrilla Casado | Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico

Cada avance tecnológico ha venido acompañado de expectativas, incertidumbres y cierto temor ante sus posibles consecuencias. La inteligencia artificial no parece ser una excepción. Escuchamos constantemente que va a sustituir nuestros trabajos, que acabará con determinadas profesiones o que ya no podremos distinguir lo verdadero de lo falso. Sin embargo, creo que nos preocupa tanto lo que la inteligencia artificial puede llegar a hacer que apenas nos preguntamos qué ocurre con nuestra capacidad de pensar, investigar y tomar decisiones cuando empezamos a depender de ella.

No pretendo negar sus riesgos. Considero que debemos conocerlos y afrontarlos, pero tampoco comparto la idea de protegernos de ella evitando su utilización. La tecnología lleva siglos transformando nuestra manera de trabajar, investigar y comunicarnos. ¿Por qué deberíamos pensar que esta vez la solución consiste en resistirnos?

Siempre me ha gustado explicarlo mediante una comparación. Si tuviera que cortar un árbol, podría hacerlo con un hacha o con una motosierra. Las dos herramientas sirven para una misma finalidad, aunque una resulta mucho más eficaz. Nadie pensaría que utilizar una motosierra resta mérito al trabajo. Ahora bien, disponer de ella no significa saber qué árbol debemos cortar, cómo hacerlo o qué consecuencias tendrá nuestra decisión. Con la inteligencia artificial sucede algo parecido.

Desde mi experiencia en el patrimonio cultural y las humanidades digitales, considero que nos encontramos ante una herramienta con enormes posibilidades. Puede ayudarnos a procesar información, programar, investigar o generar recursos educativos. Y, sobre todo, puede acercar determinadas tareas a personas que carecen de conocimientos técnicos avanzados o de grandes recursos (García-Velázquez 2023). Esa posibilidad de reducir barreras me parece uno de sus mayores valores.

Pero aquí aparece una contradicción fundamental: ¿estamos democratizando el conocimiento o simplemente facilitando la obtención de resultados sin necesidad de comprenderlos?

Vivimos en lo que me gusta llamar la “generación del ¡ya!”, donde queremos respuestas inmediatas, soluciones instantáneas y explicaciones que podamos consumir en segundos. Basta observar cómo pasamos de un vídeo a otro en plataformas como TikTok, recibiendo información sobre la que apenas nos detenemos a reflexionar. El problema no es la rapidez ni el formato, que también pueden despertar curiosidad, sino acostumbrarnos a obtener una respuesta antes incluso de plantearnos si es correcta.

Con la IA corremos el riesgo de trasladar esa dinámica a la investigación y al aprendizaje. Una cosa es utilizarla para aprender a programar y otra generar un programa sin entender cómo funciona. Podemos obtener en segundos una respuesta bien redactada y convincente, pero ¿sabemos comprobarla? ¿Tenemos conocimientos para detectar sus errores? ¿O la aceptamos simplemente porque parece correcta? Me preocupa que, en nuestro afán por conseguir respuestas rápidas, perdamos el interés por hacernos preguntas.

Esta cuestión se vuelve especialmente delicada en el patrimonio cultural. En trabajos de documentación y difusión del patrimonio subacuático he podido comprobar la importancia de diferenciar aquello que conocemos de lo que interpretamos. Una recreación digital puede acercar al público un yacimiento inaccesible, pero una imagen atractiva no tiene por qué ser históricamente correcta.

En este punto comparto el planteamiento de Juan Antonio Barceló Álvarez en *Recrear la prehistoria con IA: ¿una imagen convincente o una reconstrucción fundamentada?* (2026). Su propuesta de generar hipótesis visuales a partir de datos arqueológicos, documentando las evidencias y las partes inciertas, muestra una forma de aprovechar la herramienta sin confundir verosimilitud con conocimiento.

Pensemos, por ejemplo, en un pecio del que apenas conservamos algunos restos. ¿Y si, en lugar de limitar el uso de IA para generar una imagen convincente, pudiéramos proporcionarle grandes conjuntos de datos arqueológicos, modelos fotogramétricos, documentación histórica y referencias constructivas para explorar distintas hipótesis sobre la embarcación completa? Esta información podría ayudarnos a desarrollar modelos virtuales avanzados que, mediante simulaciones especializadas, permitieran estudiar aspectos como la flotabilidad, la estabilidad o la distribución de las cargas. Existen precedentes de reconstrucciones digitales que han permitido analizar estas cuestiones mediante cálculos de ingeniería naval (Helfman et ál. 2024). La IA podría facilitar la integración y el análisis de información, aunque las hipótesis y simulaciones seguirían necesitando validación científica. Su interés no estaría únicamente en visualizar el pasado, sino en ayudarnos a comprender mejor cómo pudo funcionar aquella embarcación.

Esto exige responsabilidades compartidas. Las instituciones deben establecer criterios para documentar el uso de IA, contrastar resultados y proteger información patrimonial sensible. Quienes la utilizamos también debemos comprobar fuentes, respetar derechos y distinguir los contenidos generados de las evidencias. Además, la sostenibilidad nos obliga a preguntarnos si necesitamos emplearla en todas las tareas, teniendo en cuenta los recursos que consume y la dependencia de determinadas plataformas.

Sin embargo, ningún protocolo será suficiente sin formación. Y no me refiero únicamente a aprender a escribir instrucciones para obtener mejores respuestas, sino a comprender las limitaciones de estas tecnologías y mantener nuestra capacidad de cuestionarlas. En educación patrimonial deberíamos enseñar no solo qué sabemos del pasado, sino cómo hemos llegado a saberlo. Creo que el verdadero peligro para nuestras profesiones no reside exclusivamente en que una máquina pueda realizar parte del trabajo, sino en que nosotros mismos renunciemos a las capacidades que nos permiten hacerlo con criterio.

Y quisiera terminar con una reflexión. Al leer una publicación en redes sociales, un artículo científico o incluso un simple correo electrónico, a menudo me pregunto cuánto de lo que estoy leyendo ha sido escrito por una persona y cuánto por una inteligencia artificial.

Quizás quien haya llegado hasta aquí también se haya preguntado si he utilizado inteligencia artificial para escribir estas líneas. Pero esta cuestión me lleva a otra que considero más interesante. ¿Estamos utilizando la IA para expresar mejor nuestras propias ideas o estamos empezando a dejar que las exprese por nosotros? A veces tengo la sensación de que leemos cada vez más a las inteligencias artificiales y menos a las personas que hay detrás de los textos. Y no porque utilizar estas herramientas sea necesariamente negativo, sino porque corremos el riesgo de que nuestra propia voz termine diluyéndose entre tantas respuestas generadas.

BIBLIOGRAFÍA

- Barceló Álvarez, J.A. (2026) Recrear la prehistoria con IA: ¿una imagen convincente o una reconstrucción fundamentada? (preprint) *revista PH*, n.º 120. Disponible en: https://doi.org/10.33349/2027.120.6264 [Consulta: 06/11/2026]
- García-Velázquez, L.M. (2023) Inteligencia Artificial y patrimonio cultural: una aproximación desde las Humanidades Digitales. *Dicere*, n.º 4, pp. 149-160. Disponible en: https://doi.org/10.35830/dc.vi4.55 [Consulta: 06/11/2026]
- Helfman, N., Cohen, M., Rott, J., Creisher, M. y Cvikel, D. (2024) From shipwreck to seaworthy: A digital reconstruction of the Ma'agan Mikhael B ship. *Digital Applications in Archaeology and Cultural Heritage*, vol. 34, art. e00346. DOI: 10.1016/j.daach.2024.e00346